

## **Sacando agua y basura en Buenos Aires (siglos XVI al XIX): algunas experiencias arqueológicas**



Pozo de absorción o desague de lo que fuera el Hospital de Mujeres en la actual plaza Roberto Arlt  
(foto: Marcelo Weissel).

El artículo “*Sacando agua y basura en Buenos Aires (siglos XVI al XIX): algunas experiencias arqueológicas*” de Daniel Schávelzon sirvió de base para el libro: *Túneles de Buenos Aires: historias, mitos y verdades del subsuelo porteño*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2005.

## I. Extraer el agua en una ciudad compleja

Sin agua no hay vida. Esta verdad de Perogrullo la sabemos todos, pero no es lo mismo saberlo en una ciudad con agua corriente que en un poblado sin ella. Buenos Aires se instaló a orillas del río y el agua provenía de allí, ya que si bien se la veía sucia, los españoles sabían que dejándola sedimentar unos días se volvía perfecta para el consumo humano; y eso hacían. El agua era sacada del río y transportada a las casas donde se guardaba en grandes tinajones para dejarla reposar; si la traía el dueño de casa, su esclavo o el aguatero era cuestión de dinero y comodidad, al menos hasta que en los inicios del siglo XVII comenzaron a excavar pozos hasta la primera napa freática, la que en esta zona no estaba muy profunda: bastaba un pozo de siete a diez metros para tener el precioso líquido en cantidades suficientes. Sólo cuando se vivía en zonas más altas era necesario excavar más, pero la tierra era blanda, sin piedras ni rocas y por lo tanto era posible hacerlo. El problema es que el agua de la primera napa no era apta para consumo humano, pero suponemos que más de uno nunca se enteró de eso.

El extraer agua del subsuelo fue una actividad habitual ya que tenía ventajas de transporte sobre el agua de río, y obvias desventajas también: por una parte era transparente y no había que dejarla decantar, tampoco había que pagarle al aguatero ni esperarlo cuando se terminaba en mal momento; o mandar a los esclavos que sólo podían acarrear un par de baldes por vez. Pero por otra parte era ligeramente salobre y no era buena para el consumo; Wilde la describiría en 1881 diciendo que el agua “*de los pozos de balde cuya profundidad varía de las 18 a las 23 varas (13 a 18 metros), es por lo general salobre e inútil para casi todos los usos domésticos*” (1). Aún no se sabía que lo peor era la contaminación producida por los desechos orgánicos arrojados a los pozos ciegos cercanos; esto produjo tremendas epidemias y enfermedades por el alto nivel de deterioro del agua domiciliaria; el Cólera fue triste ejemplo de lo que podía pasar. Sólo en el siglo XIX se haría una excavación hasta la segunda napa para resolver este problema.

Los pozos los hacían los poceros, trabajo indeseado pero habitual de los esclavos africanos primero y de los negros libres más tarde, quienes siempre dejaban algún sistema de acceso, aunque más no fueran pequeños escalones excavados en la tierra de la pared, para poder subir y bajar a limpiarlos. Eran llamados “pozos de balde” o “pozos de agua” y nunca aljibes, que eran otra cosa aunque ahora se los confunde porque se ven iguales desde arriba. El ancho tradicional era de un metro o poco menos –una vara-, la

parte superior siempre estaba reforzada con ladrillos unidos con cal y, dependiendo de la posición económica de cada uno, eran recubiertos de ladrillos. Sólo más tarde hubo obligación municipal de hacerlos así. La boca podía tener un *brocal*, es decir una construcción cilíndrica de mampostería o incluso de mármol, con una estructura hecha de madera o hierro encima desde donde colgar la roldana para la soga y el balde, estructura que llegó a tener hermosos trabajos artesanales (2); mucha gente llama aljibe a esa construcción que se encuentra encima de los pozos. El cambio que introdujo el ingeniero Bevans al excavar por primera vez a la segunda napa en 1823, trabajo que le llevó tres años, significó un importante avance en la salubridad porteña (3). La profundidad de los pozos quedaba determinada por la ubicación del nivel del agua, habiendo entre siete y veinte metros dentro del perímetro de la ciudad. En algunos casos la forma de la excavación podía no ser cilíndrica si no ligeramente ovalada, a veces dobles –por añadido de uno junto al otro–, otros con pequeños ensanches en el fondo – para captar más agua–, ser irregulares por derrumbes de sus paredes, e incluso cuando se secaban los poceros bajaban y cavaban hacia los lados buscando de nuevo la napa. Algunos de estos pozos de formas extrañas crearon mitos sobre túneles que salían desde el fondo y que ya hemos descrito en otros estudios.

El censo de la ciudad de 1887 indica que habían 20.787 casas con pozos, 9.019 con aljibes y ya 8.817 con agua potable –es decir que habían cegado su sistema anterior–; para 1904 no había ningún pozo domiciliario para agua funcionando, en cambio sí lo hacían 800 aljibes; pero en los inquilinatos (conventillos) aún funcionaban 193 pozos y 23 aljibes. La prohibición general de este tipo de sistema fue establecida por el municipio con la Ordenanza del 12 de marzo de 1894.

Los aljibes eran diferentes a los pozos; era un sistema que constaba de una cisterna bajo tierra donde se guardaba el agua proveniente de terrazas y patios transportada mediante albañales o caños, la que se sacaba del interior mediante un agujero redondo en la cúpula de la cisterna que remataba encima con un brocal, de igual forma que los modestos “pozos de balde”. Sabemos que comenzaron a construirse en el siglo XVIII pero las fechas y atribuciones difundidas no han podido ser corroboradas por los datos arqueológicos, como el decir que el primero fue el de la familia Basavilbaso en 1759 lo que no tiene sustento (4); al parecer los jesuitas ya los construían en sus conventos medio siglo antes. La cisterna era habitualmente, aunque no siempre, un pozo cilíndrico cubierto con cúpula con el agujero al centro; estaba totalmente hecho en mampostería de ladrillo y revocado, con piso de baldosas o ladrillo

según la época, para garantizar la estanqueidad. Los albañales eran de uno a cuatro y caían directo dentro de la cisterna con el agua entubada que bajaba de las terrazas. Existen algunos muy complejos que incluyen escalera lateral para bajar y limpiarlos como el que aun existe en el Colegio Fader en Flores. Era también común hacerle un pozo más pequeño en el centro del piso –redondo o cuadrado-, a veces de un metro de profundidad, donde se asentaba la tierra y el polvo decantado. He encontrado aljibes de hasta siete metros de alto, los que sin duda impresionan al que penetra por primera vez ya que son verdaderas habitaciones subterráneas.

Otra categoría eran los “pozos ciegos”, que por su tamaño llegan a ser “cámaras de desagüe” aunque su función es la misma: arrojar allí desechos líquidos. Como pozos eran similares a los “de balde” pero nunca se le ponían ladrillos en las paredes, ya que su función era dejar que se absorban los líquidos. Muchas veces tienen en la parte superior una pequeña cúpula de factura irregular con un agujero al centro, cuadrado o redondo, por donde bajaba el caño o albañal de descarga. Eran menos profundos ya que se trataba de evitar que llegaran a la napa de agua, lo que muchas veces sí se hacía ilegalmente para acelerar el proceso de vaciado; era común hacerles “sangrías”, es decir agujeros, cámaras y hasta túneles cortos para aumentar la absorción. En 1871 (28 de septiembre) hubo una ordenanza que obligaba a hacer los pozos de letrinas recubiertos en sus paredes, con una profundidad máxima de siete metros aunque de ancho ilimitado, pero fracasó rotundamente. También era común la reutilización de estos pozos, ya que al comprarse una casa, si se encontraba una letrina vieja a veces se la agrandaba y resuelto el problema.

Cuando en lugar de pozos se usaban cámaras se las hacía de forma rectangular, a veces de hasta siete metros de largo y cubiertas por bóveda de cañón; en algún caso vimos algunas con seis y ocho descargas de letrinas. También las más complejas tenían entrada y acceso por escalera para limpiarlas.

En todos estos casos hubo cambios y excepciones, variantes introducidas por cada pocero y propietario, o al tenerse que adaptar a espacios reducidos en los patios. Por ejemplo al llenarse o cegarse una se hacía otra que podía estar pegada a la primera si no había más espacio, podía agrandarse en forma parcial la vieja e incluso unir dos o más pozos cercanos por un conducto hecho en el fondo. A veces resulta complejo interpretar que pasó al ver estas soluciones caseras e improvisadas, pero habitualmente responden a problemas simples resueltos en la forma más sencilla y barata posible, aunque ahora resulte complicado entenderlas. Un ejemplo: hoy puede parecer imposible que si hay

dos pozos y uno está lleno y sucio o colmatado, se haga un túnel a diez o más metros de profundidad para unirlos y así facilitar el traspaso y absorción de los líquidos; hoy nadie lo haría así y menos bajaría hasta ahí para hacer eso –es más, nadie soportaría el olor nauseabundo-, pero cuando había esclavos las cosas eran muy diferentes: era fácil, barato y sencillo ya que sólo era cuestión de dar la orden. La presencia de pozos uno junto al otro la dan algunas descripciones de época, como cuando Lucio V. Mansilla cuenta que en su casa de la infancia había un zaguán que tenía “*dos letrinas, una para los patrones, otra para la gente non sancta*” (5). Y si queremos imaginar lo que sucedía cuando una de estas estructuras endebles cedía, Mariquita Sánchez describe perfecto el incidente doméstico en 1847:

*“considera que en medio del gran aguacero del día pasado se hunde el común; no solo la ‘perfumería’... que te harás cargo, si no el no tenerlo ni poderlo componer”* (6).

Los pozos de basura eran construcciones de forma cuadrada o rectangular, con o sin bóveda, que a través de una tapa de madera servían para arrojar allí la basura sólida, o no tan sólida a veces, mezclada con tierra y escombros para tapar los olores. Pueden o no estar recubiertos en las paredes de ladrillos y la variedad es mayor que en las otras construcciones; sabemos hasta ahora que se inician al comenzar el siglo XIX y se acaban con la recolección domiciliaria después de la mitad de ese siglo (7).

La llegada de las Obras Sanitarias terminó con casi todos estos sistemas en forma abrupta y vemos en los datos censales con qué rapidez fue cambiando la ciudad su sistema de suministro y descarga de agua entre 1880 y 1900, pero ese es otro tema. Pedro Arata, el iniciador de la química municipal, escribía sobre la necesidad de este cambio, parte de las teorías del Higienismo del siglo XIX, diciendo que:

*“creemos que queda suficientemente probada la opinión (...) que nuestras aguas de pozo en la ciudad son todas malas o casi todas; y que su uso debe ser proscrito de la alimentación (...) No ha sido exagerada la opinión de que somos una población que bebe sus propios excrementos, y al defectuoso sistema de letrinas debemos gran parte de las enfermedades zimóticas”* (8).

La situación de la salubridad del agua en las cisternas era algo diferente y el ya citado Arata demostró que casi el 40 % de los análisis hechos mostraban que sus aguas sí eran potables. Ese autor describió los aljibes de la siguiente forma:

*“Entre nosotros, los aljibes están muy lejos de llenar las condiciones exigidas para tener una provisión abundante de buena agua potable. En primer lugar su capacidad no se halla en relación con las necesidades de la familia que habita la casa (...) Si se quisiera construir racionalmente un aljibe, de acuerdo con la idea de esta exigencia, dado el número de habitantes de la casa y el consumo, sería necesario conocer la cantidad de lluvia que cae anualmente y conocer el área de la superficie total de recepción formada por los techos de la casa. Nada de esto se tiene en cuenta entre nosotros. Se mandan hacer aljibes de 50, 100 ó más picas, sin calcular en cuanto tiempo pueden ser llenados y lo que esa agua puede durar para el consumo de la casa. Además, los detalles de construcción no son indiferentes: los aljibes deben ser depósitos cavados en el suelo, más profundos que anchos para que el agua tenga siempre una temperatura uniforme y evitar la pérdida por evaporación. La mejor forma es la redonda ó cuadrangular con los ángulos redondeados. Los materiales deben ser impermeables al agua y a los gases del suelo. Cuando se construyen en terrenos permeables (como los nuestros), debe tratarse de aislar el agua de las causas posibles de una contaminación, revistiendo el material de construcción con asfalto, brea ó cemento Portland y revocando cuidadosamente la superficie interna en contacto con el agua, con cemento ó con una mezcla del mismo y arena. Por fin, debe cuidarse de las cañerías que llevan al agua del techo al depósito y el techo mismo debe ser de baldosas ó de pizarra y cuidadosamente limpio del polvo atmosférico que se deposita diariamente sobre la casa y de las vegetaciones y suciedades que se acumulan en los techos. Es conveniente, además, que la caída del agua pueda ser evitada por válvulas especiales para permitir el lavado de la azotea con la primer agua que cae, no permitiendo sino la recolección de aquella perfectamente limpia y pura de las diferentes causas de contaminación que residen en los objetos o en el aire con que se pone en contacto el agua. Raro es entre nosotros el aljibe que llena medianamente*

*alguna de estas condiciones. Construidos ordinariamente con ladrillos y mezcla de cal, no llenan las exigencias de la higiene, sus paredes no son impermeables, pues no pueden considerarse tal, aún con el revoque de cal que se da ordinariamente a sus paredes. Estas son permeables a los gases del suelo, sufren la influencia de las emanaciones de letrinas, ordinariamente colocadas á corta distancia de estos depósitos y las aguas quedan contaminadas muy pronto” (9).*

El tema del agua de río versus la de aljibe se remonta al siglo XVIII; un viajero ilustrado de esos tiempos como lo fue Concolorcolvo escribió que *“las aguas del río son turbias, pero reposadas en unos tinajones grandes de barro, se clarifican y son excelentes”*, pero que no todos se preocupaban por hacerlo así, bebiendo agua traída por los aguateros tomada de la orilla, de donde se lavaba la ropa y se estancaba, por eso: *“sólo bebí del aljibe que tiene en su casa don Domingo de Basavilbaso, con tales precauciones y aseo que puede competir con los mejores de Europa. Dicen que tiene otro igual la casa que fabricó para su vivienda el difunto don Manuel del Arco” (10).*

Tenemos en los archivos infinidad de descripciones de aljibes y pozos, y podemos tomar como ejemplo uno de los construidos por Francisco Tamburini en 1886 en la Escuela Normal de Profesores (actual Mariano Acosta); sirve de ejemplo porque es una obra licitada por el Estado con un arquitecto del más alto nivel. En el pliego de condiciones decía:

*“Art. 48: Los aljibes tendrán sus paredes de un revestimiento de un espesor proporcional a su capacidad (...) estas se harán con mezcla hidráulica y su revoque será de concreto en las mismas proporciones que en los pisos, siendo su espesor de 0,02.*

*Art. 49: Cuando los aljibes sean de sección rectangular los ángulos de las paredes y de estas con el piso se redondearán con un arco de círculo que tenga un radio mínimo de 0,30.*

*Art. 50: Los pisos de los aljibes se compondrán de un contrapiso formado por tres hiladas de ladrillos sentados en mezcla hidráulica bajo un revoque de 0,02 de concreto igual a las paredes.*

*Art. 51: Las bóvedas tendrán un espesor proporcional a la abertura y serán construidas en las mismas condiciones que las paredes.*

*Art. 52: Los brocales serán de mármol blanco macizo según dibujos que oportunamente hará el arquitecto. Las dimensiones serán de un metro de alto por 0,90 de diámetro interior y 30 de espesor comprendiendo las salientes de las esculturas (...).*

*Art. 53: Las bocas de los caños de conducción al aljibe se colocarán lo mas alto que sea posible en la bóveda y haciendo sobresalir de esta de 0,10 para que las aguas no corran sobre el paramento del muro y lo deteriore” (10).*

Tamburini también indicó con precisión cómo debían construirse los pozos ciegos en sus obras:

*“Art. 54: Cuando los pozos de letrinas bajen hasta el agua, se les hará un revestimiento de un metro cincuenta debajo de la bóveda. El revestimiento y la bóveda con la misma mampostería que la de los cimientos.*

*Art. 55: Cuando sea necesario construir fosas en vez de pozos se harán exactamente de las mismas condiciones que los aljibes. Dejando en un lugar conveniente de la bóveda un agujero de 0,60 por 0,60 con un marco de mármol amarillo del Azul, con una tapa del mismo mármol con dos argollas de fierro embutidas y perfectamente selladas.*

*Art. 56: Los caños de ventilación llenarán las mismas condiciones para las chimeneas y tendrán su boca en la parte mas alta de la bóveda lo mismo que los aljibes.*

*Art. 57: Los sumideros en el caso de construirse se harán exactamente como los pozos de letrina hasta el agua” (11).*



## **II. Tirando agua (y además otras cosas)**

Para descargar el agua sucia la ciudad colonial desarrolló varios sistemas: uno era el simple escurrimiento, es decir que el vecino que tenía el terreno más alto se lo dejaba caer al que lo tenía más bajo. Por culpa de esto hubo cientos de juicios y quejas desde los inicios mismos de la ciudad y eso explica el paulatino levantamiento de los niveles de piso de muchas casas desde el nivel original del siglo XVI. Hasta la mitad del siglo XIX no hubo ni siquiera el proyecto de encontrar un método para resolver esto, salvo el libre escurrimiento, que coincidía con el agua pluvial que no iba al aljibe. El otro método eran los pozos absorbentes, a donde se conducía el agua sucia y muchas veces basura; pero esto no era habitual ya que si la basura se mantenía húmeda el olor era mucho más fuerte, de allí la costumbre de tirar tierra en los pozos ciegos. Los pozos hallados para descargar agua por lo general no están recubiertos de ladrillo, no tienen base o fondo, no llegan a la napa –sino la juntarían en lugar de evacuarla-, y a ellos desembocaban los albañales de ladrillo hasta que llegaron los caños, primero de cerámica vitrificada y luego de hierro a finales del siglo XIX. Además está decir que no faltaba la costumbre de arrojar el balde lleno a la vereda o calle, incluso desde la ventana.

Describimos a continuación algunos casos excavados en la ciudad:

### **El antiguo pozo del Museo Etnográfico (Moreno 350)**

Se trata del pozo más antiguo hallado en la ciudad; de poca profundidad ya que lo que se conservó es sólo medio metro de los 3.50 que debió medir en origen; fue recortado al construirse encima en edificio del actual Museo en 1875, el que albergó en su origen la antigua Facultad de Derecho. Estaba ubicado en jardín delantero, el cual permite descender por un desnivel, desde el piso antiguo –el del edificio- hasta el actual que tiene la calle por una gran escalinata, y gracias a eso algo se conservó del pozo. Su interior mostraba evidencias de haber sido usado como letrina por las gruesas capas de sedimento orgánico sobre sus paredes de más de 8 cm de espesor, pero luego fue rellenado con basura. Los objetos contenidos fueron fechados para la primera mitad del siglo XVII, cerca del año 1630 (12).

## La extraña bóveda de La Recoleta

Al inicio del año 2002 se encontró en el cementerio de La Recoleta, por un hundimiento fortuito, una extraña construcción subterránea. Resultó ser un excelente caso de una cámara de desague que debió construirse hacia mitad del siglo XIX, poco antes o durante los años en que esa zona se comenzó a utilizar para entierros.

Al hundirse el piso reciente apareció en medio de una calle, frente a la bóveda de Nicolás del Sel, un acceso cuadrado hecho con ladrillos que, tras un metro de profundidad, tenía una gran bóveda que medía 2.70 por 4.10 metros (en origen, actualmente sólo mide tres metros). Esta bóveda se apoyaba sobre unos cortos muros que a su vez descansaban directamente sobre la tierra excavada; es decir que era sólo una gran cubierta sobre un pozo rectangular de grandes dimensiones que permitía captar agua en gran cantidad. En los inicios del siglo XX, posiblemente ya fuera de uso, fue cortado para construir la sección subterránea de la bóveda ya citada que se encuentra a un lado, rellenándola con escombros. Las filtraciones subsiguientes la dejaron en muy mal estado, a punto de colapsar. Esta cámara es similar a otras que, con igual propósito, se hacían para juntar aguas de desague o pluviales cuando no había lugar concreto hacia donde desviarlas o molestaban en el sitio, como en este cementerio.

## Los pozos mellizos del Museo Histórico Nacional

El edificio en la calle Defensa al 1400 que alberga al Museo Histórico Nacional tiene una larga historia que comienza con la familia Horne en 1846 y luego con los Lezama desde 1857, para transformarse en Museo en 1897. Sufrió cambio tras cambio y lo que fuera un patio quedó, techo mediante, convertido en una sala de exhibiciones en 1924 (Sala de la Guerra del Paraguay). Más tarde quedó fuera de uso y en 1986 se hundieron los pisos lo que motivó la intervención arqueológica tres años más tarde.

Lo descubierto es resultado de una serie completa de transformaciones en el tiempo de un primer pozo que bajaba a la napa freática, cuyas paredes se fueron derrumbando. Construido quizás con la primera casa, sus paredes se fueron deteriorando por el agua y en varias oportunidades se lo reparó con ladrillos. En algún momento se decidió hacer uno nuevo ya que el viejo debía estar lleno de tierra en el fondo y era

irreparable ya que las paredes seguían derrumbándose, por lo que se hizo una nueva excavación casi en contacto con la vieja, cuidando de separarlos bien con ladrillos y construyendo buenos albañales que debían juntar el agua del patio; en realidad funcionaron desde entonces –antes de que se inaugurara el Museo- como una cisterna de aljibe más que como pozo (14). Todo el conjunto fue más tarde cubierto por una bóveda para clausurarlo completamente, al parecer al colocarse en el edificio el agua corriente hacia fines del siglo XIX; en ese momento se los relleno con tierra. El hundimiento se produjo cuando, al colocar los caños de calefacción, se encontró la bóveda y se la rompió dejando un gran vacío que era relleno diariamente con la basura del propio museo (sí, ¡increíble!); todo eso colapsó en poco tiempo. Dado que una de las paredes actuales del edificio pasa por encima de estos pozos no pudo excavarse más de 3.70 metros de profundidad.

Al ver los dibujos que reconstruyen su forma puede entenderse lo complejo de la construcción en su forma final, resultado de la adaptación de estas estructuras a nuevos requerimientos y el desgaste por el uso diario.

#### Pozos complicados: Michelangelo y su sistema de desagüe

Cuando se describió en páginas anteriores que se hizo una excavación en el interior del edificio que actualmente ocupa Michelangelo, el conocido sitio para el tango ubicado en Balcarce 433, se adelantó que hallamos un complejo sistema de desagüe de los baños e instalaciones sanitarias. Era complejo no por el sistema en sí mismo, sino por donde había sido construido: en la obra hecha entre 1848 y 1850 decidieron poner los servicios en un sótano que se excavó aprovechando el desnivel de antigua la barranca al río que ya había desaparecido, desde la época en que el terreno perteneció al convento de Santo Domingo.

El edificio, cuando servía como anexo a la gran destilería que tenía a un lado la familia Huergo y lo aprovechaba para depósito de mercaderías de la aduana que estaba enfrente, tenía posiblemente tres cámaras de desagüe hechas bajo tierra; una la pudimos encontrar entera y se ha preservado, de otra sólo quedó una parte y la tercera no fue posible excavarla por las obras modernas que tenía encima; pero aparentemente las tres eran iguales en su interior: medían 2.90 metros de largo, por 0.60 de ancho y la profundidad era de 3.60 metros. La forma era rectangular con un acceso por cada

extremo, cuadrados, y estaba cubierta por una bóveda muy plana apoyada en algunas maderas que ayudaban a sostenerla. Tuvo un sistema de caños esmaltados de forma cónica muy curiosos pero que fueron excavados ya destruidos desde cuando se canceló el sistema hacia 1895. Del relleno superior se obtuvieron más de once mil objetos del siglo XIX, de gran interés para la vida cotidiana de los obreros que allí trabajaron en esa época y cuyo estudio ya ha sido publicado (15).

### Los desagües del Cabildo

La excavación ya citada del Cabildo permitió encontrar los restos de un sistema de grandes dimensiones para desaguar los patios y baños. Recordemos que se trataba de un viejo edificio colonial adaptado a Tribunales por Pedro Benoit y lo que encontramos son los pozos de desagüe o ciegos que él debió construir, aprovechando un grupo de túneles antiguos preexistentes (16). Esto ya lo hemos discutido así que sólo queda reseñar los pozos.

En el centro del patio principal se encontró un pozo circular de 3,60 metros de diámetro cavado directamente en la tierra y cubierto por una cúpula baja hecha de ladrillos, que aún conserva en el medio la marca del lugar donde descargaba un caño. Fue excavada sólo hasta una profundidad de 5.90 metros ya que toda la estructura era inestable y estaba en pésimo estado de conservación. Para descargar se aprovechó que el pozo fue puesto de forma tal que interceptaba al menos tres túneles coloniales; uno de ellos fue cancelado por la cúpula de ladrillos, pero de los otros dos se reusaron: uno revistiéndolo de ladrillos de manera que le daban más declive y menor diámetro, el otro se lo hizo mejorando su entrada y dándole también declive mediante el relleno del piso. Todo esto se vio muy alterado en 1936 cuando fueron abiertos y se pasó un caño de hierro por el interior. En 1991 lo abrimos para estudiarlo y en 2001 nuevamente pudimos trabajar un poco más en el interior, ocasión que se aprovechó para sacar el caño oxidado y mejorar un poco la situación interior, la que de todas formas acabará sin duda por derrumbarse totalmente si no se hacen las obras adecuadas (17).

Ya hemos descrito en páginas anteriores la casa ubicada en Defensa 751 y su gran túnel del Tercero del Sur, hoy uno de los grandes atractivos turísticos de San Telmo. Pero la casa tenía además otras construcciones subterráneas: habían dos aljibes con cisternas, un pozo de basura (verlo más adelante), un pozo de balde y cuatro pozos ciegos; a éstos llegaban cinco albañales. Es decir que el terreno de la casa estaba realmente perforado, y si a todo esto le sumamos los cimientos y las instalaciones sanitarias modernas, puedo decir que fue uno de los trabajos más complejos de llevar a cabo, y de interpretar, de la arqueología porteña (18).

Los dos aljibes eran del tipo habitual: cisternas cilíndricas de mampostería revocada con el agujero al centro; el que numeramos 1 en el plano tenía como curiosidad el pozo de sedimentación en un costado y no al centro; medía 3.38 metros de diámetro y 3.77 metros de altura libre interna; también tenía un agujero lateral en la bóveda, igual que en una cisterna de la Imprenta Coni, para que descienda el caño de agua desde arriba. Fue parcialmente destruida y rellenada cuando se colocaron las instalaciones sanitarias nuevas en 1892. La cisterna en el patio trasero es parecida, aunque está pegada al muro externo del túnel del Tercero, por lo que adopta una forma curiosa, su profundidad máxima era de 4.31 metros y su diámetro de dos metros. La parte superior de la cúpula estaba destruida y cerrada con tablones, pero el albañal que llevaba el agua hasta allí se había conservado y, también curiosamente, había sido hecho apoyándolo sobre la bóveda del túnel, lo que indica probable contemporaneidad de todo el conjunto, pudiendo así fecharlo hacia 1865.

Los tres pozos ciegos eran del tipo habitual, de una vara de ancho, cubiertos con cupulines de ladrillo y les llegaban respectivamente tres albañales de ladrillo para descargar el agua sucia. Vale la pena ver el complejo sistema en que había sido incluido un cuarto pozo, el no. 4, formando parte de un baño y un área de descarga de agua.

Por último, el pozo de balde sí es poco habitual y sólo comparable con el encontrado en Casa Ezcurra, ya que se trata de un pozo a la napa que está cortado por una pared que le pasa por encima. De esa forma el pozo podía ser usado desde dos sitios a la vez –dos vecinos en Casa Ezcurra- o dentro y fuera en este caso (19). Era de planta ovalada y tenía un simple brocal de mampostería revocada de un metro de alto que había sido destruido y arrojado al interior del pozo; sólo pudo ser excavado hasta casi tres metros de profundidad.

Unos operarios estaban excavando en un sótano para colocar un ascensor y todo iba bien hasta que, en lugar de tierra, empezaron a excavar huesos, platos rotos y vidrios de botellas. Por suerte la rápida intervención del arquitecto nos puso en guardia y así se pudo rescatar en su casi totalidad uno de los pozos de basura más interesantes de la ciudad (20).

La historia es simple aunque costó entenderla: el pozo correspondía a una casa que perteneció a la familia Cobo-Lavalle en la primera mitad del siglo XIX; esa casa tenía un patio central con habitaciones alrededor de él y con su lógico pozo de basura; esta casa permaneció allí hasta que cerca de 1895 se la demolió para hacer el edificio que existe actualmente y que incluyó un sótano. Al hacer este último se excavó el subsuelo de la vieja casa Cobo sacando la parte superior del pozo de basura con su contenido y luego se hizo el piso, salvando así casi cinco metros de esa estructura simple pero eficiente. Medía cerca de 1.50 metros de diámetro, estaba excavado directamente en la tierra y debió tener en origen unos ocho metros de profundidad. En realidad dos veces más se salvó de ser destruido: primero cuando se pasaron caños por encima de él y más tarde al hacerse un depósito de gasoil para la calefacción; ambas veces lo tocaron en la parte superior pero nunca lo destruyeron más que unos pocos centímetros.

El interior estaba relleno de un sedimento que incluía varios miles de fragmentos de cerámicas, lozas, porcelanas, armas, objetos personales, de tocador, de farmacia y hasta eróticos (21), botellas, frascos, botones, huesos de comidas, cajas de madera, restos de muebles quemados, instrumentos científicos y hasta pinceles de artista.

Este tipo de pozo de basura es de los más simples que habían en la ciudad, usados sólo para este propósito, lo que indica la pertenencia de la casa a un grupo social elevado aunque no de gran fortuna y seguramente en su parte superior tenía una tapa de madera que se abría para arrojar basuras en su interior junto con tierra para evitar el mal olor.

## Del antiguo convento de Santo Domingo

Uno de los pozos más interesantes excavados en la ciudad ha sido el que hallamos debajo del actual edificio de Michelangelo, en la calle Balcarce, pero que perteneciera en origen al convento de Santo Domingo; los terrenos habían sido loteados en 1823 como parte de las luchas entre Rivadavia y las órdenes religiosas y en ese terreno quedó el pozo que debió estar en la huerta cercana a la cocina. Cuando se hizo la obra de 1848-50 encima de él, que estaba en la parte alta de la barranca, fue recortado quedando únicamente su fondo; medía tres metros de diámetro y se conservaba sólo un metro de hondo; es decir que fue un pozo profundo ya que en origen debió medir siete metros. Por dentro se había ido relleno con enormes cantidades de grasas arrojadas líquidas y quizás calientes, por lo que fueron formando, capa sobre capa, una especie de pequeño cráter producto de la caída y salpicado dentro del pozo, que al enfriarse tomaba esa forma. El resto fueron más de veinte mil objetos y huesos ya analizados y publicados (22). Por el estado de destrucción sólo fue posible observar la forma y dimensiones, nada sabemos de su tapa –si la hubo- y su cancelación; su época de uso fue en los primeros años del siglo XIX, quizás algunos años en los finales del siglo XVIII.

## La letrina de Defensa 751

En la ya descrita casa de la calle Defensa y San Lorenzo pude excavar una letrina insólita, de la que sólo he visto algo similar en el convento de Santa Catalina, aunque ésta es de dimensiones mucho mayores; es un buen ejemplo de un sistema usado en la ciudad pero que por su complejidad debió resultar caro y por eso mismo poco común. En este caso suponemos que era anterior a la casa actual y que simplemente fue reusado adaptándolo a un sistema más moderno aunque conservando la estructura inferior.

Se trata de un pozo rectangular totalmente hecho con paredes de ladrillos, que medía dos por un metro y medio, y poco más de cinco metros de profundidad; estaba cubierto por una bóveda colocada en el sentido mayor, pero ésta no cubría totalmente el espacio sino que de un lado estaba sostenida por una viga de madera dejando un sector descubierto por donde se descargaba la letrina colocada encima. Por cierto que el sistema es complejo y más al hallarlo, que resultó poco menos que incomprensible por

ser el primer caso en la ciudad de este tipo. Pero al imaginarlo completo y funcionando es evidente que el sistema era ingenioso.

#### El curioso pozo de basura de la Casa de Josefa Ezcurra

En el tercer capítulo de este libro citamos a la llamada Casa Ezcurra, una edificación cuyos orígenes se remontan a una casa hecha por los jesuitas hacia la mitad del siglo XVIII y que de allí en adelante, aunque con grandes cambios, se conservó hasta el presente. Al excavarla se hallaron varios pozos de agua, un gran pozo de desagüe, varios albañales y un aljibe, pero sin duda los laureles se los llevó esa vez un pozo de basura muy curioso, que además estaba lleno de objetos de los primeros años del siglo XIX, posiblemente arrojados allí entre 1800 y 1820, incluyendo una elegante vajilla de loza Creamware inglesa y objetos que seguramente pertenecieron a la servidumbre, posiblemente esclavos africanos (23).

El pozo era de planta cuadrada de aproximadamente un metro de lado y lo mismo de profundidad, estaba cubierto de ladrillos en sus paredes y el piso era de tierra; había sido clausurado con un sistema de vigas de madera que sostenían ladrillos, por encima tenía una capa de tierra y luego un nuevo piso de baldosas francesas. El pozo tenía en uno de sus lados un albañal de menos de dos metros de largo, que llevaba los líquidos hasta un recinto abovedado de 1,50 metros de lado, muy irregular y con muros de diferentes ladrillos y épocas, que servía para recibir lo que por rebalsaba de la cámara cuadrada y desembocaba aquí. El sistema era sin duda complejo, muy complejo, pero debió haber funcionado bien ya que se colmató y fue cerrado. Hasta la fecha no he podido comprobar que el sistema tuviera precedentes o antecedentes, así que a lo mejor no fue tan eficiente como para repetirlo.

La cámara de desagüe de este sitio fue de tamaño ligeramente mayor que las estandar de la ciudad: medía 2,30 metros de diámetro y estaba simplemente cubierta por una bóveda de ladrillos con una entrada superior ahora cancelada, el resto era la excavación directa en la tierra. Debemos citar el aljibe de excelente factura, totalmente cubierto con paredes de buen cemento, de planta de unos dos metros de largo por 1,30 de ancho cuya excavación arrojó cientos de hojas de papel de los años 1860 a 1880 de la imprenta que allí funcionó por mucho tiempo, además de bultos enteros de ropa, zapatos y objetos diversos del fin del siglo XIX.



## Una letrina monumental: el Convento de Santa Catalina (1745)

La historia inicial del convento de Santa Catalina ya ha sido narrada por diversos autores y por ellos sabemos que ha sido compleja y llena de peripecias. En lo que a nosotros atañe este edificio, construido por Juan de Narbona sobre planos de Giovanni Bianchi fue iniciado en 1738, habiéndolo ocupado las primeras monjas en 1745. Pero en ese momento sólo utilizaron la iglesia y el primer claustro –el actualmente existente- ya que el segundo estaba en obra y en conflicto. Sabemos que Narbona construyó el edificio en dos claustros, en una ampliación del proyecto inicial que había sido pensado para un lote de sólo un cuarto de manzana; esa ampliación fue el centro de graves disputas económicas y llevó a que el constructor no entregara el segundo claustro hasta que no se le abonara todo lo hecho. Por eso, cuando las monjas ocuparon el primer claustro se encontraron que los *lugares comunes* quedaban en el sector al que no tenían acceso. Esto por cierto era un tema grave, muy grave; más aún que deberían existir dos grupos de letrinas ya que no era posible que las monjas de velo negro compartieran el sitio con las de velo blanco, con las donadas o, más grave aún, con las esclavas: el edificio reproducía la rígida estructura social que imperaba en el convento y los baños también. En ese momento no hubo otra solución que construir letrinas nuevas en un sitio del primer claustro y para ello Narbona eligió un lugar que hoy nos podría parecer exótico: atrás del Coro Bajo en el pasillo de salida ubicado al sureste, hacia lo que era la huerta. El porqué se decidió hacerlo allí es imposible de saber, pero hay dos razones válidas: el fácil acceso a tierra suelta para tirar diariamente en el interior –única forma de evitar los olores-, y porque así no se inutilizaba espacio de funciones predeterminadas.

Los documentos históricos hablan del sitio; cuando el arquitecto Antonio Masella describió el edificio en 1753 dijo:

*“aunque la contrata dice que en el segundo patio debe haber dos lugares distintos para lugares comunes, está hecho el que falta en el segundo patio tras del Coro Bajo del primer patio, conviene y alivio de las Madres, y así tiene cumplido la contrata”* (24).

En este caso Masella estaba haciendo un peritaje acerca del cumplimiento por el constructor de su contrato original y por eso destacó que en lugar de los dos baños había hecho sólo uno porque el otro ya estaba detrás del Coro Bajo. Esta descripción clarifica acerca de la función de la extraña estructura que habíamos descubierto y excavado en el año 2001; un interesante caso del doble juego entre arqueología y la documentación escrita.

El lugar es ahora un simple pasillo atrás del Coro Bajo, paso entre la ya destruida ala de la Enfermería y el claustro, es decir la intersección de varios pasos de la vida interna del convento. Actualmente no había nada que indicara la presencia de esa subestructura; no obstante, los trabajos efectuados en los muro para controlar la humedad fue lo que llevó a encontrar una abertura que, profundizada, nos permitió identificarla.

La construcción está compuesta por tres paredes que, al apoyarse contra un cimiento preexistente, dejan un cuarto de 4.45 por 1.80 metros (medidas internas), quedando un pasillo lateral de un metro de ancho. Posiblemente ni las letrinas ni el pasillo debían ser lo bastante cómodas para las monjas, pero se resolvió bien la situación. Cuando funcionaron el piso estaba más alto, posiblemente unos 30 cm y el pozo propiamente dicho estaba formado por una gran bóveda de 4.50 metros de luz libre paralela a la pared y separada de ésta 55 cm. Ese espacio de medio metro sería donde se encontraban los agujeros –y sus asientos superiores- de las letrinas propiamente dichas. La bóveda descendía 2.25 metros hasta apoyarse sobre los muros y luego seguía un enorme pozo que debía medir unos diez metros de profundidad, que no se completó de excavar por la inauguración del sitio. Esta medida la presumimos porque Narbona hizo en otra casa, en donde vivieron las monjas al llegar a la ciudad, un pozo de “12 brazas” (cerca de 10 metros) y en la casa frente al convento propiedad de las monjas, las letrinas eran “ondas 20 vs” (es decir unos 15 metros). Es interesante que en esa otra casa Narbona había construido las letrinas (aquí llamadas “secretas”) con bóvedas bajo tierra de la misma forma que ésta:

*“2 secretas divididas con dos asientos cada una largo 6 vs., ancho 2 ½, hondas 20 vs., con dos bóvedas de cal y ladrillo, la del suelo de ¾ de grueso (...) toda revocada y corriente con sus asientos, tabiques y puerta”*  
(25).

La excavación que se ha llevado a cabo tenía por objetivo, en primera instancia, dilucidar de qué tipo de estructura se trataba; luego, al definir su importancia entendimos que era una vía excepcional hacia el mundo de la vida cotidiana en el convento. El interior estaba relleno de tierra y escombros que, en forma de estratos pequeños e interrumpidos, se superponían una y otra vez; era evidente que se había ido arrojando ese sedimento muy lentamente, quizás en baldes, actitud típica para una letrina, de forma tal de ir evitando los olores diarios. Esta tierra contenía la basura de su época y quizás la que ya tenía en su interior desde antes de trasladarla y de esa forma fueron a parar allí cantidades de fragmentos de cerámicas de uso diario, rotas en el trajín cotidiano, huesos de la comida y escombros de obras.

Al parecer y según la documentación publicada, en 1808 se construyó el ala este del convento –la enfermería–, cuya unión con el primer claustro se hacía exactamente por el pasillo en el que estaban colocados estos baños. Al hacer esa obra era ya imposible que éste siguiera existiendo por lo que no sólo se demolió todo sino que se destruyó el arco inferior arrojando dentro el escombros para poder nivelar los pisos. Es posible que para esa época ya hacía rato que había quedado fuera de uso. Luego de eso se colocaron vigas de madera cruzando el gran hueco, tras empotrarlas en la pared con agujeros burdos que aún son visibles, y se hizo el piso volviendo al nivel original. En ese momento se modificó el paso por el costado del Coro hacia la Sacristía, haciendo una puerta al este, cambiando las bóvedas y otros arreglos menores que afectaron todo este sector del edificio, olvidando por dos siglos esta construcción.

### III. Cuando todo se mezcla

Por supuesto no todo es fácil en la arqueología: hubo gente que hizo lo que quiso y no lo que los arqueólogos del futuro hubieran deseado. Un pozo ciego ya no absorbía y lo rellenaban con basura, confundiéndonos; arrojaban desperdicios sólidos a la letrina para tapar el olor, vaciaban el pozo de basura una vez lleno y por algún motivo quedaba vacío y no re-usado. Y así al infinito. Por eso tenemos varios sitios en la ciudad donde es casi imposible separar exactamente sus construcciones subterráneas en función de su uso en el pasado; y a esto le debemos sumar un problema muy concreto que tampoco previeron en el pasado: las demoliciones actuales se hacen a tal velocidad que muchas veces nuestros rescates no tienen el tiempo suficiente para recobrar toda la información existente. Esto no disminuye la significación de lo hallado, simplemente genera problemas metodológicos a tener en cuenta al darle mayor posibilidad de error a nuestras observaciones, de allí que sea necesario incrementar el número de casos para reducir de esa forma las probables equivocaciones. Valga un caso para explicar todo esto:

¡Paren de encontrar cosas!, o cuando lo hallado nos agota (H. Yrigoyen 979)

Corría el final del verano del nuevo año 2000 y mientras inaugurábamos los porteños esta nueva centuria recibí el llamado de quien estaba a cargo de una obra en construcción en pleno centro; me dijo que había oído acerca de nuestro trabajo y quería que hubiera supervisión arqueológica en su obra (26). Sí, notable; y así se hizo: sin recursos y basados en el esfuerzo de los amigos hubo gente trabajando allí durante la excavación del terreno; lo de arriba ya había sido demolido años antes y estaba el lote baldío.

El terreno estaba en la calle Hipólito Yrigoyen 979, de espaldas al antiguo y aún abandonado Hotel Eslava que da sobre Avenida de Mayo y quedaba unido a ese lote desde antiguo. En los inicios del siglo XIX ese terreno tenía cuatro casas estrechas que pertenecieron a Doña Eleanor Castro; en 1888 al decidirse la apertura de Avenida de Mayo todo fue adquirido por el municipio a la nueva propietaria, Doña Jacinta Goya, y luego demolido dándole al lote una nueva forma más reducida. Este terreno, una vez desafectado fue adquirido por Juana y Juan Gregorini junto con otros lotes vecinos y se

hicieron una casa de cierta importancia con un gran sótano, comercios en planta baja y su casa de dos pisos encima; atrás construyeron el gran Hotel Eslava del que fueron dueños hasta época reciente. Desde 1960 había allí una gran playa de estacionamiento.

En el terreno se hallaron once pozos o construcciones diversas bajo tierra además del gran sótano. Estas fueron quedando a la vista a medida que la maquinaria pesada iba excavando y los camiones se llevaban la tierra con una rapidez increíble, dándonos apenas tiempo para retirar todo lo que podíamos de entre el barro –llovió toda la semana-, a tal grado que era casi imposible sacar todo lo que había y tratarlo adecuadamente. Calculamos que se pudo recuperar un 50% del total de objetos de cerámica y vidrio visibles a simple vista, y sólo un 10% del material óseo, dado que se encontraba muy deteriorado por el agua. De todas formas los más de dos mil objetos incluyeron la mejor colección de lozas inglesas Creamware y Pearlware halladas hasta ahora en el país (27).

Se encontraron tres cisternas de aljibe, todas revocadas (con cal las más antiguas, con cemento la más nueva) y midiendo entre 1.90 y 2.80 metros de diámetro; dos de ellas medían cerca de 3.50 metros de profundidad pero otra llegó a los 6.80 metros, lo que es único en la ciudad para este tipo de estructuras.

De los otros ocho pozos al menos cinco de ellos eran pozos ciegos, usados para letrinas o desagües líquidos. Midieron alrededor de un metro de diámetro salvo uno de 1,80 metros; cuatro aún estaban vacíos. Uno de ellos estaba totalmente relleno con basura, había sido cegado con una gruesa tapa de madera y su profundidad fue de 8,60 metros, siendo el único que logró medirse adecuadamente. Las otras construcciones eran al menos uno un pozo de balde para extraer agua, recubierto de ladrillo, de un metro de ancho y que sólo pudo excavar hasta los tres metros de profundidad; estaba relleno de tierra con muy poco material cultural del siglo XIX tardío; y hubo al menos un pozo de basura de 95 centímetros de ancho y 5.50 metros de profundidad; de este pozo fue de donde se obtuvieron más de 1300 objetos pese a las pocas horas de trabajo que se nos permitió. No hubo forma de identificar si ese pozo fue en origen para esa función o fue reutilizado, lo que es muy probable.

Para los pobres poco y nada (la *Casa Mínima* de San Lorenzo 392 y el conventillo de Defensa 774)

Una esquina muy conocida de Buenos Aires es la Defensa y San Lorenzo; ya citamos una de las esquinas por tener por debajo el entubamiento del antiguo Tercero del Sur; la esquina que lo enfrenta fue un gran lote propiedad de la familia Peña que tuvo su residencia allí en la segunda mitad del siglo XIX, sobre los restos de dos pequeñas casas que se remontan al siglo XVIII y que posiblemente fueron barracas (28). Los Peña se mudaron hacia 1870 y el caserón se subdividió en seis partes: dos de ellas se demolieron para hacer conventillos y el resto se adoptó bien o mal para pequeñas casas; una de ellas –la única que se conserva- es la mal llamada Casa Mínima, que sólo es la entrada de servicio de la residencia de los Peña.

En 1995 pude excavar gran parte del terreno y lo que se encontró es en extremo complejo ya que los cambios fueron alterando la función de cada construcción bajo tierra, una y otra vez (29). Los dos conventillos con entrada desde la calle Defensa tenían un único pozo de balde al que le pasaba la pared por encima para dividirlo en dos; imaginemos que en cada uno de estos edificios vivían varias familias y sólo tenían esa agua que ni siquiera era potable. Al fondo existían dos letrinas –una para cada conventillo-, pero ambas desaguaban a un único pozo compartido. Este sistema era ligeramente más complejo que los pozos de letrina habituales ya que tenían un asiento cada baño que caía en una especie de pileta hecha de cemento, y mediante un corto conducto los excrementos caían al pozo excavado en la tierra y cubierto por una simple y endeble bovedilla hecha de ladrillos. Pese a todo el tiempo transcurrido, al llegar la excavación las cosas estaban casi intactas bajo el suelo, sólo había cambiado el suministro de agua corriente.

De la época de la Casa Peña sólo se pudo hallar un pozo de desagüe, el que fue construido con la gran residencia adaptándolo a un pasillo de tal forma que sus paredes son las de las habitaciones que tiene arriba y su planta es rectangular; a un lado se encontró un enorme pozo vacío de uso no identificado y el pozo de basura intacto. En total se excavaron cinco pozos y tres cámaras; los primeros midieron entre uno y 1.40 metros de diámetro y el pozo de basura, rectangular, midió poco más de dos metros cuadrados. En este caso fue interesante ver como se fueron modificando los sistemas sanitarios en solo medio siglo, adaptándose a casas cada vez más chicas, anulando lo

que apenas tenía unos años de uso para rápidamente hacer nuevos pozos para lotear más y más el terreno.

### La plaza Roberto Arlt

La iglesia de San Miguel, ubicada manzana actualmente delimitada por las calles Suipacha, rivadavia, Mitre y Esmeralda fue una zona de intensa vida en el siglo XVIII, ya que allí se instaló, a un lado del templo, el primer Hospital de Mujeres del país. También y asociado a este conjunto había un cementerio que daba lugar a los pobres que no podían pagar entierros en las iglesias, en especial a los esclavos africanos. El Hospital dejó su lugar, aunque no el edificio, a un asilo de niñas en los inicios del siglo XIX y más tarde a la Asistencia Pública que llegó a funcionar allí hasta la década de 1960; en esos años se demolió todo el conjunto y se hizo la plaza tal como la vemos hoy en día, pero al hacerlo se encontraron varias construcciones subterráneas: un par de pozos ciegos, una cisterna de aljibe y una enorme cámara de desagüe, de las más grandes halladas en la ciudad. Esta cámara mide cerca de 8 por 3.50 metros, está recubierta en ladrillo en sus muros, tiene una bóveda de cañón en su techo y por encima de ella hay ocho entradas de albañales. Según varios planos en la segunda mitad del siglo XIX allí había un patio y a un lado estaban los baños; tenía en un extremo una entrada con escalera para descender, entrar y limpiarla.

Las excavaciones arqueológicas hechas en dos temporadas de trabajo (30) otra cámara, ubicada a dos metros asociada a un posible pozo de basura, rectangular, de casi 2 metros de profundidad y que se unía a esa estructura bajo tierra. El fuerte estado deterioro hizo imposible determinar las funciones originales de estas construcciones con mayor precisión. Cabe señalarse que asociado a esto se hallaba aún gran parte del cementerio antiguo y se rescató un par de docenas de esqueletos o parte de ellos.

### La compleja Imprenta Coni (Perú 680)

El edificio que se hizo conocido en su tiempo por albergar la Imprenta Coni fue excavado intensamente hace algunos años; allí se pudo reconstruir el sistema completo sanitario a lo largo del tiempo y de los numerosos cambios que vivió el sitio desde haber

sido un lugar poco agradable a orillas del Tercero del Sur, donde se construyó una primera casita hacia 1740, la que tras numerosos cambios se transformó en la casa de la familia Goyena entre 1822 y 1884 en que se hizo la imprenta (31). Allí se pudieron ubicar tres cisternas de aljibes, las más amplias de la ciudad en su momento, dos importantes cámaras de desagüe, un sistema completo de albañales y la existencia de un pozo de balde.

La cisterna mayor medía siete por tres metros en su base oblonga, cosa poco habitual, por cinco metros de alto; es decir que era capaz de guardar enormes cantidades de agua –95 metros cúbicos-, necesarias para que las máquinas de vapor de la imprenta pudieran trabajar. Tenía dos accesos, ambos circulares, uno al centro del patio a través del cual se sacaba el agua, y otro contra un muro por donde descendía una caño de hierro desde la terraza. La otra cisterna medía siete por dos por cinco de alto, con un acceso central y otro lateral, es decir el mismo sistema que la antes descrita. En este último caso y por única vez en la ciudad, el agujero central fue cerrado con una tapa removible mediante una gran manija de hierro.

La tercer cisterna fue la más extraña hasta ahora encontrada: era rectangular y adaptada a la forma de un estrecho patio al fondo del terreno que medía seis por un metro, y si bien no pudo ser totalmente excavada por la inestabilidad de la construcción superior y el alto nivel de inundación que tenía, calculo que debió tener también cinco metros de profundidad. La bóveda superior había desaparecido pero se conservaban un sistema de albañales extraño, formado por un desagüe vertical y otros dos albañales con forma habitual; debió guardar más de 25 metros cúbicos de agua.

El resto del conjunto lo completa una enorme cámara de desagüe, es decir un pozo ciego de grandes dimensiones, de planta rectangular y cubierto por una bóveda de ladrillos que sólo cubría la parte superior; las paredes no están recubiertas. Tres albañales descargaban allí dentro los residuos líquidos del edificio y tenía también dos accesos circulares; fue totalmente rellena hacia 1892 al igual que gran parte de las cisternas –aunque una de ella sólo lo fué hacia 1940-, y por estar bajo una pared portante no fue posible excavarla completa; pero tenía al menos tres metros de profundidad comprobada, aunque supongo que debió descender varios más.



## El *potpurri* de Galerías Pacífico

Un edificio magnífico más que conocido por todos los porteños, que fue construido en 1891 por el arquitecto Emilio Agrelo; y como es lógico de suponer para hacerlo fue necesario comprar 51 lotes con viviendas preexistentes, que fueron demolidas para levantar estas enormes galerías. Esas casa tenían sus respectivos pozos ciegos, aljibes y pozos de basura, e incluso habían otros que pertenecieron a casas aún más antiguas. Cuando se hizo el edificio, que tiene dos niveles de sótanos, no sólo se destruyó lo anterior si nó que la excavación cortó los pozos a la mitad de su profundidad, en algunos casos hasta ocho metros hacia abajo. Pero pese a eso se salvaron muchos de ellos: se encontraron 18 construcciones subterráneas y se calculó que debieron existir cerca de 150 en la manzana.

El rescate de todo esto fue hecho por Pablo López Coda y por suerte este aspecto ha sido publicado (32). Halló nueve pozos ciegos, cinco pozos de basura, tres aljibes y una cisterna de un aljibe de mayores dimensiones. Esto fue interesante ya que para el año 1990 significó la primera tipología segura de estas construcciones tan poco conocidas hasta entonces. Los pozos generalmente tuvieron alrededor de un metro de diámetro llegando hasta 1.60 metros, los de agua estaban revestidos y los de desagüe no, la cisterna midió tres metros de lado y 3.60 metros de alto con su bóveda ya destruida y los de basura, cuadrados o rectangulares, midiendo 1.20 por dos metros en el caso del más grande que bajaba al menos más de cinco metros, profundidad máxima hasta la que pudo ser excavado. Del interior de estas construcciones se obtuvieron centenares de objetos del siglo XIX de interés para la comprensión de la vida doméstica de la época.

### Lo poco que quedaba: la casa de Fontán en Flores

El informe de un vecino de Flores nos puso en sobreaviso de una obra que implicaba la demolición de una casa fundacional de Flores, de las que ya quedan pocas: se trataba de la esquina de Rivadavia y Artigas en donde había vivido Alberto Fontán al crearse Flores hacia 1807. En esa esquina Fontán construyó la casa de su familia, la que fue viviendo con el tiempo cambios y transformaciones hasta su demolición total en 1998. Lamentablemente a la llegada de los arqueólogos la demolición había bajado hasta el piso y seguía bajando con enorme rapidez. Lo que pudo ser observado y

estudiado eran tres pozos, dos de ellos importantes ya que medían dos metros de diámetro y más de ocho metros de profundidad (al menos eso es lo que pudo ser medido); ambos estaban vacíos en su interior y cubiertos por bovedillas a las que atrevaban caños de cerámica vitrificada de desagüe. Suponemos que esa debió ser su función: pozos ciegos o de desagüe. Un tercer pozo era pequeño y diferente de los anteriores, de 60 cm de diámetro, con paredes de ladrillo, por lo que hemos supuesto que era un pozo de balde, aunque por su dimensión debió ser de muy compleja manufactura. El estado de destrucción que tenía el lugar impidió saber mucho más de este sitio que pudo haber sido de enorme interés para el pasado de la zona (33).

#### Los múltiples pozos de la Casa Ezcurra (Alsina 455)

Las excavaciones hechas en 1997 en la casa ubicada en Alsina 455 y que en una época perteneciera a quien le dio el nombre, doña María Josefa Ezcurra, dejaron al descubierto varias construcciones subterráneas en una situación similar en densidad a la de Defensa 751. Había un complejo pozo de basura que ya lo he descrito en páginas anteriores, además un aljibe con su cisterna, un pozo de desagüe, tres pozos ciegos y un pozo de balde. Y a eso hay que sumarle un escalera enterrada que conducía al edificio lindero, el Hotel City, que fue cancelada hace tiempo y no había noticias de su existencia pese a ser del siglo XX.

La casa, podemos recordar, fue construida inicialmente por los jesuitas como Casa Redituante, es decir para obtener rentas con su alquiler, hacia 1760; hacia 1800 se produjeron importantes cambios y luego las reformas se hicieron en forma constante hasta llegar a la actualidad, cambios que por suerte han sido bien historiados (34).

Vayamos paso por paso: el pozo de desagüe estaba pegado a la medianera posterior y medía 2.30 metros de diámetro, cavado en la tosca y cubierto por un simple cúpula de ladrillos rota en su parte superior; por sus características la hemos fechado para los inicios del siglo XIX. Los tres pozos ciegos eran también sencillos, midiendo una vara de diámetro y cubiertos por su bovedilla, con restos de al menos dos albañales; no parecen ser contemporáneos aunque todos fueron hechos en la segunda mitad del siglo XIX, época para la cual el edificio ha sido segmentado entre muchos inquilinos y había una imprenta trabajando en el sitio. Fue interesante hallar el primer albañal curvo de la ciudad ya que luego fueron apareciendo otros.

El aljibe era la construcción más compleja, a la vez que moderna, ya que la fechamos para 1880 aproximadamente. Era de planta rectangular, de 1.45 por 2.20 metros exteriores, bien construida con mampostería y revoque de cemento, con una boca de entrada de 0.70 metros de diámetro y 4.20 metros de profundidad. Cabe destacar que las ordenanzas vigentes prohibían para esa época hacer cisternas de aljibes con ángulos rectos ya que debían ser siempre curvos, de allí el hacerlos habitualmente circulares.

El pozo de balde, lo más antiguo en el sitio de todas las construcciones del subsuelo (segunda mitad del siglo XVIII), era del tipo compartido entre vecinos, lo que fue común en la época y es buena prueba de que las casas vecinas eran del mismo propietario y hechas para ser alquiladas; era una manera de reducir costos en las obras. El pozo era ligeramente ovalado, en forma similar al de Defensa 751, también dividido por un muro al medio, y la medianera le pasa por encima salvando el apoyo mediante un arco. Actualmente y dado que el terreno vecino y su medianera han sido modificados, se destruyó buena parte del pozo en su lado oeste. Tenía un piso a su alrededor hecho de los mismos ladrillos y no hay evidencia de haber tenido brocal, lo cual no era común, aunque tampoco era raro; pero es más probable que esas evidencias se hayan perdido por las alteraciones sufridas por el sitio.

## Notas al texto

1. Jose A. Wilde (1969)
2. Vicente Nadal Mora (1957)
3. Ramón Gutiérrez y Alberto de Paula (1974)
4. Germán Hers (1979), en general los autores se basan en Mansilla y Wilde para estas aseveraciones
5. Lucio V. Mansilla (1955)
6. Mariquita Sánchez, carta del 8 de noviembre 1847 (1952), pag. 169
7. Angel Prignano (1998)
8. Pedro M. Arata (1887)
9. Idem, pag. 214
10. Daniel Schávelzon 1991 se transcribe la documentación de archivo
11. Concolorcorvo (1908), pag. 33
12. Francisco Tamburini, documentación original del contrato para la Escuela Normal de Profesores, 1886
13. Daniel Schávelzon (1989)
14. Daniel Schávelzon y Ana M. Lorandi (1992), pags. 63-65
15. Daniel Schávelzon y Mario Silveira (1998)
16. La primera temporada de excavación fue hecha en 1991 y 1992 y fue publicada más tarde (1995)
17. Una nueva etapa de trabajo se inició en 2002 pero quedó suspendida por las crisis económica y política; en esta ocasión el trabajo de campo estuvo a cargo de Xavier Perussich.
18. La extrema complejidad de esta excavación fue realmente un problema, en especial para entender las secuencias de operaciones de alteración por los pozos ciegos y otras obras bajo tierra, hechas todas en pocos años y con gran violencia. Se logró entenderlo gracias a la aplicación del Método de Harris, creo que por primera vez en la arqueología histórica del país, por Sergio Caviglia en 1987
19. La existencia de estos pozos dobles es muy común en los planos de fines del siglo XVIII para casas de un mismo propietario; era un sistema de abaratar las casas construidas para alquiler.
20. Agradezco la posibilidad de hacer ese trabajo a Oscar Balestieri y a Jorge Ramos
21. Sobre la Casa Cobo puede verse un informe de 1999 en [members.tripod.com/guamini/ponencia/s.html](http://members.tripod.com/guamini/ponencia/s.html) ; un resumen en *Página 12* del 9 septiembre 2001.
22. Daniel Schávelzon y Mario Silveira (1998)

23. El tema de la presencia de esclavos en la Casa Ezcurra abrió una veta de investigación en la arqueología que ha resultado de sumo interés; véase Daniel Schávezon, *Buenos Aires Negra* (2003).
24. Andrés Millé (1955), pag. 26
25. Idem, pag. 264
26. Agradezco a Marina Ojero, Norma Pérez, Patricia Frazzi, Verónica Rinaldi, Guillermo Paez y Alicia Marzoratti por haber acudido a este rescate; la información fue de Horacio Redini
27. Los informes de esta excavación se encuentran en el Centro de Arqueología Urbana; véase como nota periodística Piña (2000)
28. La investigación documental y los planos fueron hechos por Pablo López Coda (2000)
29. Agradezco en esta excavación a Jorge Eckstein como propietario, a Pablo López Coda y Andrés Zarankin por acompañarme en los trabajos de campo. Un resumen véase en Daniel Schávezon (1999), pags. 132-134
30. En la plaza se hicieron dos temporadas de excavación dirigidas a diferentes objetivos, véase Marcelo Weissel (1997) y Zunilda Quatrín (2001); hay numerosas notas periodísticas entre ellas *La Razón* 26 de octubre y *Clarín* 13 de noviembre 1999
31. Sobre estos trabajos véase Daniel Schávezon (1991, 1994 y 1996)
32. Pablo López Coda (1992), pags. 161-167
33. Estas observaciones en la demolición fueron estudiadas por Mariano Ramos y Guillermo Paez (1999)
34. Esta excavación fue hecha por la Secretaría de Cultura del GCBA por el personal interés de María Sáenz Quesada durante 1997; la dirección general fue de Graciela Seró Mantero quien publicó los resultados de las investigaciones (2001); hay numerosas referencias periodísticas en esa época

## Bibliografía

Arata, Pedro

1887 “El clima y las condiciones higiénicas de la ciudad de Buenos Aires”, *Censo General de la Ciudad*, vol. I, pags. 265-397, Buenos Aires.

Benoit, Pierre

1882 “Casa de Justicia, antiguo Cabildo”, *Memoria del Departamento de Gobierno (1881-1882)*, pags. 197-204, Imprenta del Siglo, Buenos Aires.

Bilbao, Manuel

1934 *Tradiciones y recuerdos de Buenos Aires*, Talleres Gráficos Ferrari Hnos, Buenos Aires.

Calderón, Elsa C. de

1987 *Recoleta 2ª*. Parte, Buenos Aires nos Cuenta no. 13, Buenos Aires.

Concolorcorvo

1908 *Lazarillo de los ciegos caminantes*, Biblioteca de la Junta de Historia y Numismática, Buenos Aires.

De Paula, Alberto y Ramón Gutiérrez

1973 *La encrucijada de la arquitectura argentina: 1822-1875; Santiago Bevans y Carlos Pellegrini*, Departamento de Historia de la Arquitectura, Resistencia.

Greslebin, Héctor

1969 “Los subterráneos secretos de la Manzana de las Luces en el viejo Buenos Aires”, *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*, vol. 6 (1966-67), pags. 31-73, Buenos Aires.

Gutiérrez, Ramón (director)

1996 *El palacio de las Aguas, Monumento Histórico Nacional*, Aguas Argentinas, Buenos Aires.

1999 *Agua y saneamiento en Buenos Aires 1580-1930*, Aguas Argentinas, Buenos Aires.

2001 *Buenos Aires y el agua: memoria, higiene urbana y vida cotidiana*, Aguas Argentinas, Buenos Aires.

Hers, Enrique G.

1979 *Historia del agua en Buenos Aires*, Municipalidad de la Ciudad, Buenos Aires.

Honorable Ayuntamiento

1864 “Desague de la ciudad”, *Memoria del Honorable Ayuntamiento 1862-1864*, pags. 147-169, Buenos Aires.

López Coda, Pablo

1992 “Construcciones subterráneas en la Galería Pacífico”, *Túneles y construcciones subterráneas de Buenos Aires*, pags. 2163-167, Corregidor, Buenos Aires.

1999 *Historia de la Casa Mínima del barrio de San Telmo*, Crítica no. 112, Instituto de Arte Americano, Buenos Aires.

Lorandi, Ana María y Daniel Schávelzon

1991 “Excavaciones en Parque Lezama, Buenos Aires, 1988-1989”, en *La Arqueología Urbana en la Argentina*, pags. 37-77, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.

Mansilla, Lucio V.

1955 *Memorias*, Hachette, Buenos Aires.

Millé, Andrés

1968 *Derrotero de la Compañía de Jesús en la conquista del Perú, Tucumán y Paraguay y sus iglesias en el antiguo Buenos Aires*, Editorial Emecé, Buenos Aires.

Nadal Mora, Vicente

1957 *La herrería artística de Buenos Aires*, Dirección General de Cultura, Buenos Aires.

Paez, Guillermo; Norma Pérez, Mariano Ramos y Mario Silveira

1999 *Informe preliminar de las excavaciones en La Panadería, Medrano y Costa Rica, Capital Federal*, informe original, Centro de Arqueología Urbana, Buenos Aires.

Pillado, José A.

1942 *Buenos Aires colonial: estudios históricos*, Editorial Bonaerense, Buenos Aires.

Prignano, Angel

1994 *Crónica de la basura porteña; del fogón indígena al cinturón ecológico*, Junta de Estudios Históricos de San José de Flores, Buenos Aires.

Quatrín, Zunilda

1999 *Los archivos del suelo: plaza Roberto Arlt, informe primera etapa*, informe inédito, Centro de Arqueología Urbana-Instituto Histórico, Buenos Aires.

Ramos, Mariano y Guillermo Paez

1995 *Informe sobre los hallazgos de la obra ubicada en el barrio de Flores, Capital Federal*; manuscrito inédito, Centro de Arqueología Urbana, Buenos Aires.

Sánchez, Mariquita

1952 *Cartas de ...*, Ediciones Peuser, Buenos Aires.

Schávelzon, Daniel

1988 *La excavación de un aljibe en San Telmo, transformación edilicia y cronología arquitectónica (1865-1895)*, Programa de Arqueología Urbana, publ. No. 7, Buenos Aires.

1988 “Los túneles de Buenos Aires: 140 años entre la memoria y el olvido”, *Todo es Historia* no. 251, pags. 8-35, Buenos Aires.

1991 “Buenos Aires subterránea; los descubrimientos bajo la Imprenta Coni” *Todo es Historia* no. 287, Buenos Aires.

1992 *La arqueología urbana en la Argentina*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.

1992 *Túneles y construcciones subterráneas de Buenos Aires*, Editorial Corregidor, Buenos Aires.

1994 *Arqueología e historia de la Imprenta Coni, Buenos Aires*, Historical Archaeology in Latin America vol. 1, Columbia.

1995 *Arqueología e historia del Cabildo de Buenos Aires: informe de las excavaciones 1991-1992*, Historical Archaeology in Latin America, vol. 8, Columbia.

1996 *Excavaciones en la Imprenta Coni, San Telmo*, Editorial Corregidor, Buenos Aires.

1996 *El Cotorro: arqueología de un conventillo*, Crítica no. 73, Instituto de Arte Americano, Buenos Aires.

1998 “Riqueza e importación entre 1800 y 1850: comparación de contextos excavados en Buenos Aires”, *Iras. Jornadas de historia y arqueología del siglo XIX* pags. 132-140, Facultad de Ciencias Sociales, Olavarría.

1999 *Arqueología de Buenos Aires*, Editorial Emecé, Buenos Aires.



1999 *Rescate arqueológico en Bolívar 238, Buenos Aires*; informe inédito, Centro de Arqueología Urbana, Buenos Aires.

2000 *Informe del rescate arqueológico en el lote de H. Yrigoyen 979-981-985*, informe inédito, Instituto Histórico y Centro de Arqueología Urbana, Buenos Aires.

2003 *Buenos Aires Negra: arqueología histórica de una ciudad silenciada*, en prensa en Editorial Emecé, Buenos Aires.

2003 *Arqueología y literatura en Buenos Aires: la casa de Sobre Héroes y Tumbas de Ernesto Sábato*; en prensa en Librerías Turísticas, Buenos Aires (en prensa).

Schávelzon, Daniel; Sergio Caviglia, Marcelo Magadán y Santiago Aguirre

1987 *Excavaciones arqueológicas en San Telmo: informe preliminar*, Instituto de Investigaciones Históricas (IAA, FADU, UBA), informe inédito, Buenos Aires.

Schávelzon, Daniel y Ana M. Lorandi, S. Fantuzzi y C. Plá

1989 *Excavaciones arqueológicas en la Imprenta Coni (Perú 684), presentación de los trabajos de la primera temporada*, Programa de Arqueología Urbana, publ. No. 14, Buenos Aires.

Schávelzon, Daniel y América Malbrán

1997 *Excavaciones en la casa Ezcurra, primer informe*, informe inédito, Secretaría de Cultura, Gobierno de la Ciudad, Buenos Aires.

Schávelxzon, Daniel y Mario Silveira

1998 *Excavaciones en Michelangelo*, Editorial Corregidor, Buenos Aires.

Seró Mantero, Graciela

2000 *La casa de María Josefa Ezcurra, una de las viviendas más antiguas de Buenos Aires*, Secretaría de Cultura, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

Udaondo, Enrique

1922 *Reseña histórica del Templo de San Ignacio:1722-1922*, Buenos Aires.

Weissel, Marcelo y Silvana di Lorenzo

1997 *Arqueología pública en la plaza R. Arlt*; informe inédito, Buenos Aires.

Wilde, José Antonio

1969 *Buenos Aires desde 70 años atrás*, Eudeba, Buenos Aires.

Weissel, Marcelo

1997 *Arqueología histórica en la plaza Roberto Arlt, 1er. Informe*, Secretaría de Cultura, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (manuscrito).

Zabala, Rómulo y Enrique de Gandía

1980 *Historia de la ciudad de Buenos Aires*, 2 vols, Municipalidad de la Ciudad, Buenos Aires.